

Feria de Navidad



5 de enero de 2024

1Jn 3, 11-21

Sal 99

Jn 1, 43-51

P. Eduardo Suanzes, msps

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él», es lo que hemos oído en la Primera Lectura.

Juan expresa así su temor ante toda mística que no se manifiesta y no se constata en la praxis de la vida cristiana, concretamente de la caridad. Lo cual es tanto como decir que el único criterio válidamente definitivo para medir la autenticidad de nuestra oración es precisamente la actitud que adoptamos ante los otros; es decir que Juan muestra un evidente recelo ante toda mística que no se expresa concretamente en la actitud que un hombre adopta ante los demás hombres. Una vez más, el único criterio decisivo que poseemos los cristianos para saber si estamos o no estamos cerca de Dios, no es la oración o la «vida espiritual», sino el amor al prójimo. San Juan, es contundente: «*quien no ama permanece en la muerte*»; es más, es, además, «*un asesino*».

Un asesino, en primer lugar de sí mismo, un suicida. ¿Por qué? Porque quien no ama se degrada humana y espiritualmente ya que somos seres hechos a imagen y semejanza de Dios; seres hechos para amar; nuestra realización como seres humanos la encontramos en amar y solo ahí.

El amor humano es figura o forma visible del amor divino, aun cuando el que ama no tenga conciencia inmediata. Es como su prolongación, hasta el punto de constituir con él un solo amor: el amor divino es la raíz y la medida del amor humano, este último es la sombra; el rostro humano del primero. El amor de Dios no llegaría a conmover al hombre, no lograría hacernos vibrar, si no fuese visible en el amor de quien ama y en la misma fatiga y alegría cotidiana de dar y recibir amor. Si no fuera así, nuestro “amor a Dios” correría el riesgo de generar peligrosas ilusiones e irreales pretensiones; y nuestro amor humano estaría desviado si no se viese como una sombra del amor de Dios, un signo que viene de Él y a Él vuelve¹.

A veces, la persona no puede amar, no sabe hacerlo, es inmadura para ello por los demasiados golpes que ha recibido en la vida, de forma consciente o inconsciente. Y es que, básicamente, para amar la persona ha de ser libre.

Para empezar, para amar es importante que la persona se reconcilie con la vida y con su pasado, que sea capaz de ver la cara positiva de su existencia y disfrutar del afecto que los demás le dan, que vea la desproporción entre lo que ha recibido y lo que ha merecido o dado, y que viva con gratitud y sencillez, como una consecuencia inevitable, la opción de dar y de

¹ Cfr. AMEDEO CENCINI. *Por amor, con amor en el amor. Libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*. Ed. Sígueme. Salamanca 2004

darse. Tenemos libertad para amar cuando hemos tenido el coraje de reconocer y aceptar lo que de negativo hay en la propia historia, sin sufrir por ello ni maldecirlo, sino adoptando una actitud responsable, dando sentido a lo que parecía no tenerlo, o descubriéndolo en lo que ya ha pasado, aunque parezca imposible. Tiene también un corazón y una mente libres el que ostenta una identidad positiva, y no busca permanentemente relaciones que le compensen, porque necesita sentirse amado o buscado por alguien. Tiene un corazón, una mente y una voluntad libres el que es capaz de dejarse atraer por lo verdadero, bello y bueno y de desearlo, amando precisamente por eso su vocación y según el estilo propio de su vocación. Aquí radica, en efecto, el objetivo y el contenido de la libertad afectiva. Pero lo que realmente constituye la libertad afectiva son estas dos certezas estratégicas: **la certeza de haber sido amado desde siempre y para siempre, y la certeza de poder amar siempre**. Cuanto más fuertes y estables sean estas certezas, más libres estamos y somos para seguir radicalmente a Jesús.

No tiene, pues, un corazón libre el desagradecido que no deja de lamentarse de lo que no ha recibido; quien no se siente en cierto modo ya saciado afectivamente, sino que tiene, aunque sea inconscientemente, demasiada necesidad de ser amado; quien no dispone todavía de una identidad básicamente positiva y necesita sentirse importante para alguien, o apoyarse en alguien; quien se deja llevar por el bien solo aparente y solo, o sobre todo, desea lo que gratifica su necesidad.

Por eso Juan insiste en hacernos ver dónde está el origen del amor: « *En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros*», es decir, en que el Dios-Hombre se dio totalmente y sin reserva alguna por todos nosotros. Es importante y básico para Juan el que lleguemos a esa experiencia del amor. Juan insiste en que queramos tener y tengamos una experiencia auténtica de Dios, entablando una relación intensa y estable con Él; pero me atrevería decir algo más: que entendamos que para tener una experiencia, una relación completa y madura con Dios **hay que estar dispuestos a ser experimentados por Él**. Cuando me reservo, cuando me mido, cuando pongo límites, cuando no estoy dispuesto a darme más que a mis propios intereses no estoy dejando a Dios que me experimente: **le niego a Dios la experiencia de saberse amado por mí**. Básicamente, «*si no le expreso mi amor amando al hermano, Dios se pierde, le quito a Dios, la maravillosa experiencia de sentirse amado por mí*»².

² FERNANDO TORRE, MSPS. *¿Qué pierde Dios?*